

SIMBOLOS HISPANICOS DEL QUIJOTE*

Por JOSE IBÁÑEZ MARTÍN

Nos hemos reunido aquí, desde diversos puntos de la tierra, en Asamblea Cervantina de la Lengua Española, para rendir homenaje a Miguel de Cervantes en el momento cronológico preciso en que el tiempo nos trae el recuerdo de su natalicio, ocurrido hace cuatrocientos años. Y nos hemos congregado, transidos de cordialidad, los hispanistas todos: los que llevamos sangre hispánica en los latidos del corazón y sentimos la misma fe, igual histórico destino y semejante responsabilidad civilizadora, y los intelectuales de diversas naciones de Europa, hermanos por adopción en la común empresa de la cultura hispánica. Somos distintos por la procedencia geográfica y por la nacionalidad, pero integramos una misma familia en la vida del espíritu. Unos, por pertenecer rigurosamente a la comunidad lingüística de los ciento treinta millones de hombres que hablan en el mundo el idioma de Cervantes. Otros, por militar en la legión de hispanistas, enamorados de nuestra cultura, que saben también o hablar nuestra lengua o sentir la belleza

* Discurso pronunciado en la Real Academia de la Lengua por el excelentísimo Sr. D. José Ibáñez Martín, Ministro de Educación Nacional, al clausurar la primera reunión de la Asamblea Cervantina de la Lengua Española el día 6 de octubre de 1947, con motivo de las fiestas del IV Centenario de Miguel de Cervantes.

de las letras españolas. A todos envuelvo en el mismo saludo fraternal; a todos, en nombre del Caudillo de España, doy el parabién y la enhorabuena. A todos agradezco, en representación del pueblo de Cervantes, el esfuerzo y el sacrificio de haber acudido a nuestra invitación y nuestra llamada, y singularmente la generosa colaboración prestada en estas primeras horas de trabajo y de estudio. Pues si bien es verdad que estas jornadas iniciales de la Asamblea no han hecho más que trazar direcciones y rumbos y proponer temas para un más completo y logrado desarrollo, resulta indudable que vuestra noble compañía es desde ahora poderoso acicate para vernos asistidos de una esperanza que se renueva con su propia cosecha y que encierra en su esfuerzo, junto al diario quehacer, la emulación de un fruto que con el tiempo más se acendra y se lozana.

Se han iniciado estos días claros problemas en torno a la lengua y a la literatura hispánica. Problemas aún no resueltos, y cuyo planteamiento lanzamos al mundo de la hispanidad como un mensaje de trabajo espiritual, de actividad gozosa, de tarea noble y desinteresada, que significa labor de paz y de confraternidad por el vínculo de la cultura. En una palabra, queremos—por medio de estas reuniones, que volverán a repetirse en el próximo mes de abril, y por el esfuerzo de todos los que quieran asociarse en ese plazo de tiempo a las deliberaciones de la Asamblea, abierta hasta esa fecha—descifrar, pulsar y enderezar todo lo prácticamente que sea posible cuanto de cerca o de lejos atañe a la hispanidad en el orden de los problemas entrañables de su lengua.

Pero la lengua no es una obra inerte, sino una energía en constante operar dinámico. Tratar los problemas de la lengua vale tanto como renovar o encauzar los torrentes vivos de fuerza espiritual que ella—lo más humano del hombre—lleva en su seno. Plantearse los problemas de la lengua, cristalizada en este caso en el puro y límpido caudal cervantino, equivale a ahondar en los vastos problemas humanos que en su vida y en su obra nos sugiere Miguel de Cervantes. En este sentido permitidme, señores, que la valoración de esta Asamblea sea para mí, no sólo un hallazgo, acuerdo

o convenio de problemas lingüísticos en su más estricta significación, sino una ratificación espiritual de que el idioma une también nuestros corazones y nos da la conciencia de una solidaridad en la manera y en el estilo de comprender y cumplir la vida humana. Porque la comunidad lingüística hispánica, o no es otra cosa que vana palabra, o tiene una grave responsabilidad en la hora siniestra del mundo. Le incumbe mantener enhiesto el baluarte del espíritu ante la quiebra de los valores morales; le compete defender con brío la amenazada civilización cristiana, de la que fué y es ella el mejor portavoz; le atañe, en suma, sostener con la pureza del idioma de Cervantes todo lo demás de Cervantes: el sentido de la justicia, del amor y del ideal; es decir, el quijotismo.

Y no me refiero sólo con estas palabras a los pueblos de América, porque en este punto es obvio advertir que España es América, de la misma manera que América es España, y en que perdure esta fusión, esta identidad de analogías, ha de estribar uno de los más genuinos valores de la Asamblea que conmemoramos. Me refiero también a los pueblos de Europa, en el instante adverso en que se resquebraja el prestigio de la cultura de Occidente. Cervantes, encarnando el alma de España, está de cara a los dos puntos cardinales de la historia de la civilización. Porque si su idioma y el espíritu de su obra se reflejan en el occidente atlántico, su heroísmo luchó hasta la mutilación contra las fuerzas ciegas de Oriente. Muchos Lepantos ha habido después de Cervantes. Pero ninguno tan terrible como el que expectante y siniestro asoma en el horizonte con su carga de materialismos y su afán destructor de las mejores conquistas del pensamiento humano, confirmando el aserto de Ortega, cuando afirma que una de las claves de este orbe europeo consiste en que cada quinientos años se desploma el alud asiático sobre la cultura mediterránea. Y lo curioso es que cuando todavía no se ha esfumado, sino que se acrece, esa amenaza del gran turco de la hoz y el martillo sobre los tristes pueblos de Europa y de América, es España, entre las tormentas de un mundo resentido y patético, la que, como un oasis en medio del infortunio, vive atenta a toda clase de problemas espirituales

y cita y convoca a sus naciones hermanas para reafirmar, a través de la lengua común cervantina, los mismos y eternos ideales por lo que pudo ser un día madre de pueblos y descubridora de mundos. Y no le importa vivir vituperada y zaherida, como tantas otras veces, por las fuerzas aciagas y sanguinarias del Oriente, porque se siente siempre la misma, abrazada a su incommovible destino histórico, afianzada en su incorruptible actitud de pueblo providente, en donde, pese a todos los vendavales, no se ha extinguido la llama de la fe. Sí, ilustres assembleístas: la España que veis es la misma y eterna y única España. La misma que Cervantes, visionario y profeta, augur y realista, encarnó en su vida y en su obra. Si queremos creer en Cervantes, es preciso creer también en la España católica, hidalga y caballera, dueña de su destino y señora de ideales y de ensueños. Porque acaso ningún español lo fué tanto como Cervantes, ni ningún buen español tampoco ha dejado nunca de llevar en las entretelas de su alma los ideales puros de Don Quijote.

I

HUMANIDAD ESPAÑOLA DE CERVANTES

Cervantes es el prototipo español de todos los tiempos. Del español acendrado de españolismo, o sea audaz, aventurero, hombre de fe, poeta, soldado y... mutilado. ¿Qué español, del tiempo que fuere, no es algo de todo eso, aunque, a decir verdad, Cervantes lo fué todo en todo? Su vida es dura en cada instante. Desde que el 7 de octubre de 1547 surge a la luz en Alcalá de Henares, llevando en su cerebro el germen de la obra más grandiosa, profunda y trascendental de la historia del espíritu, que es tanto como decir la historia de la Humanidad, hasta que, cumplida esta obra, tras un avatar insosegado, dejando este mundo mortal, penetra un amanecer de abril de 1616 en la más alta y firme gloria que vieron los siglos.

Y si es cierto que la gloria de Cervantes es alta y firme como

ninguna otra de sobre el haz de la tierra, no es menos cierto que su vida fué inquieta, amarga y andariega. Conoce todos los sinsabores de la ingratitud, del desvío y del renunciamiento; pero, como buen español, no se desespera. Al contrario: lleva dentro de sí, como una antorcha inextinguible, un rico caudal de fe. De cada angustia, de cada fracaso, de cada zarpazo que le otorga el destino, parece sacar nuevos alientos para proseguir su marcha azarosa y patética. Llega incluso a padecer mutilaciones en su carne trabajada. Más todavía, porque el dolor moral supera al dolor físico: padece cautiverio. Y el cautiverio para el libre es la más negra e infamante de las torturas. Sin embargo, Cervantes no altera el fatalismo de su férrea contextura ideal. Se alza, con más bríos si cabe, para aguantar con temple casi superior a las fuerzas humanas la lucha por la vida.

Porque Cervantes, como español igualmente, todo se lo debe a sí mismo. En medio de sus quebrantos, en medio de sus persecuciones, en medio de sus soledades, encuentra la necesaria resignación, no para rebelarse, sino para mantenerse, sin deserciones, sin abatimientos, sin dejaciones suicidas, como un roble asaeteado por los temporales, pero nunca abatido. Todo lo intenta y todo lo prueba por mirarse, aunque maltrecho, erguido. Y es estudiante, y soldado, y arbitrista y alcabalero. Cualquier cosa, hasta la más baja y rutinaria, para ser, al fin y al cabo, el más luminoso y fecundo de todos los españoles de antes, de entonces y de siempre. Está a ras del suelo, pero asciende; está herido, pero se impone; está preso, pero triunfa. En su alma milita el espíritu cristiano, y templado en tal fortaleza sabe que no se llega a la cumbre fácilmente, sino después de haberse dejado jirones del propio ser en las encrucijadas de todos los caminos. Así, con el dolor de cada día se tupe, afianza y acrisola el alma del justo. ¿En cuántos españoles no pervive esta misma semblanza?

Análogo heroísmo aureola su vida de escritor y de poeta. Cervantes es un hombre de letras a la edad madura. Como en los demás perfiles de su prodigiosa humanidad, aquí también le acucia

una vida tumultuosa y tremenda, pero cabal, íntegra y florecida. Para proseguir mañana sabe ganarse la trinchera de cada día.

En este punto, Cervantes, además de ser un español exacto, es un gran español por añadidura. Posee las características peculiares de los grandes españoles. No se olvide que nace en Castilla, la tierra parda, llana y dilatada que hace los hombres por el placer de gastarlos. El ambiente gana a nuestro héroe y lo circunda para siempre, porque siempre Cervantes, en el éxodo, en la libertad o en el caos, es austero, leal y recto. Tan recto que no pueden apartarlo de su rectitud ni la miseria, ni el hambre, ni el infortunio. Estas calamidades no hacen sino probarlo en su derechura inmutable. La fe es la coraza que guarda como un tesoro tanta arrogancia espiritual.

Joven, un niño todavía, se traslada con los suyos a Sevilla. Allí transcurren esos años en que el alma de un hombre pasa de las ternuras nebulosas a las meridianas confianzas de la vida. Lo irreal adquiere delimitación y matiz. El ensueño se torna visión directa. Y aquí, en este punto, se fragua el milagro vital en la naturaleza de Cervantes que tanto ha de influir, más tarde y ya definitivamente, en la obra poderosa del genio. Con Cervantes está la planicie. La lleva, como un augurio, en los repliegues de su espíritu. Sobre esa planicie promueven su danza los grandes monstruos de la fantasía. Son los motivos que han de servir como de contraste a esos otros, más claros y risueños, que por su estancia en Sevilla ha de ofrendarle, como una bendición, la Ciudad de la Gracia. Esta es la huella imperecedera de su primera formación: la gracia, el espíritu de la ciudad que, al chocar y fundirse con la adustez que le infiltró la Castilla ascética, produjo la maravilla de un estilo sin par. Porque fué Sevilla la que metió en Cervantes, como un aire nuevo y ligero, toda la veta de humor, de sarcasmo y de alegría que hay en la obra prócer del escritor.

Se ha hablado del destino sevillano de Cervantes. Quizá estaría más en razón hablar del «sino sevillano» de Cervantes. Ese sino se cumple. Se cumple, como tantos otros, en su existencia aventurera y desventurada. Tenía que ser así, por inescrutables

designios de Dios. Sobre el yermo de Castilla brota la magia del clavel sevillano. La tiesura, la gravedad, la adustez se ungen súbitamente, pero elaboradas con lentitud por el donaire, la chispa y el ángel. El ruiseñor ha hecho nido en el ciprés. Porque es en Sevilla donde Cervantes concibe y traza el *Quijote*. Huelga advertir que Sevilla era por entonces—como lo es siempre, pero más en aquella ocasión—, por su cultura, su riqueza, su población, el marco adecuado para toda creación imaginativa. En Cervantes lo fué más por el contraste de los dos mundos pequeños que acababa de surcar, desde el corazón de Castilla al sur, estremecido de resurrecciones, de España.

Cuando llega la hora de la aventura, Miguel milita en las filas de Lepanto, y luce en su brazo manco la huella gloriosa del combate. Luego, el cautiverio en las mazmorras argelinas, soportado con todo el vigor y entereza de un alma prócer en la que se va gestando la luz del genio. Y Castilla de nuevo, para consolidar la madurez, para alumbrar definitivamente al escritor y al poeta, que se ha impuesto con voluntad férrea a las persecuciones de la adversidad.

Después, otra vez los azares del mundo. Porque la gloria, que ya le acecha, pero que, exigente, no se le entrega, lo colma después de muerto. Ni siquiera pudo en vida conocer Cervantes la majestad imponente de su obra.

Gallarda humanidad representativa y típica del varón de la raza hispana la de aquel anciano nunca decrepito que culminó su destino un amanecer de abril de 1616. Le confortaron los auxilios de la fe, porque siempre la llevó en el alma y fué el sostén de su titánica fortaleza. Pero del hombre reciamente español fué continuación e imagen su obra fecunda. Una obra que no ha culminado, en cambio, su destino. Porque el destino de esta obra, desde que florece, se proyecta sobre el porvenir como una luz de redención y divertimento, de lección y de recreo, de amor y de cultura, de paz y de ensueño, de realismo y de poesía. Y mientras más y más avance la vida, más recia será la cosecha del *Quijote*. Está escrito con un lenguaje de siglos y lleva en sí, en su intimidad en-

trañable, como la carga de anhelos, de esperanzas, de alegría, de amor y de justicia que en vano el hombre, el de ayer y el de hoy, se empeña en implantar, para sí y los demás, como el mejor código de la hidalguía, del despejo y de la gracia que pudieron ambicionar los mortales.

II

SIMBOLOS HISPANICOS DEL «QUIJOTE»

Todos los pueblos—ha dicho Ganivet—tienen un tipo real e imaginario en quien se simbolizan los rasgos y la esencia del espíritu popular. Ciertamente que en todas las literaturas descubrimos una obra maestra en la que un personaje excepcional pónese en contacto con la realidad social de su tiempo y atraviesa toda una larga serie de pruebas, donde se aquilata el temple de su alma, que es el símbolo propio de su raza. Si Ulises es la encarnación típica de la Grecia antigua, porque en él se resumen la prudencia, el esfuerzo o la constancia como realización de las virtudes de un pueblo, en Don Quijote resalta, antes que nada, una metamorfosis espiritual, en cuya virtud el tipo humano del Hidalgo Manchego, para poder vivir a ras de tierra en el humano mundo de Castilla, tiene que librarse del peso de las preocupaciones materiales y descargarlas sobre un escudero, para caminar desembarazadamente, desprendido de ambiciones mezquinas o de apetitos que se miden con la norma estrecha de lo terrenal.

En el sentido eterno y trascendente que caracteriza la fisonomía de lo tradicionalmente español, Don Quijote da la nota más característica: dentro de un tipo esencialmente humano, el contraste de la ingravidez angelical y deshumanizada de sus ambiciones terrenales.

Por eso Don Quijote es, ante todo, la consagración literaria, en una obra de dimensión inmortal, del concepto español del mundo y de la vida. De ese eterno peregrinar por los confines de la tierra defendiendo la causa de los débiles, el sentido de la liber-

tad y el imperio de la justicia; de esa imperecedera andanza y aventura, en la que la vida se pone a cada instante en riesgo de perderse en defensa de una empresa noble, de una romántica ambición o de un remoto y casi inasequible ideal.

Entre dos mundos literarios casi irreconciliables, el de la épica y el de la lírica, el *Quijote* es el eslabón de oro en donde se ligan dos estilos contradictorios en el vastísimo campo de las letras. Porque si es cierto que en su proyección simbólica el héroe cervantino alcanza, por su propia universalidad, caracteres que lo enraízan en los héroes épicos de Virgilio, de Rabelais, de Shakespeare o de Goethe, no es menos cierto que un gran aliento lírico mueve la admirable locura de Don Quijote, que antes que hidalgo o caballero da al mundo la lección de ser un hombre entero, admirable y ejemplar.

Por eso significa el *Quijote* el mejor exponente del humanismo literario español. El nombre es en la obra cervantina la piedra angular de la más fabulosa arquitectura novelesca que jamás hayan conocido los siglos. Si hubiera que describir un rasgo esencial en la epopeya del hidalgo manchego, habría que buscarlo en esa corriente humanista que, encubierta unas veces y otras de manifiesto, va fecundando con vigor portentoso el paisaje moral por donde discurre la vida humana de Don Quijote.

Todas las demás características que se han pretendido asignar a esta obra no son sino visiones angulares de esta íntima y profunda realidad. Todas las interpretaciones de insinuación política o de carácter social formuladas sobre este punto, son, en fin de cuentas, reconocimiento palmario de esta afirmación inicial: la inmortalidad de la obra cervantina se debe esencialmente al rango humano con que está concebida, al basarla en el tema eterno, sorprendente y contradictorio del hombre.

Con inmensa razón ha dicho no hace mucho tiempo Pemán que el *Quijote* es la resonancia de una serie de valores españoles con asombrosas anticipaciones hacia lo moderno y lo universal. ¿Pero es que acaso no estaban contenidas en el alma española del siglo XVII las mismas ideas que siglos más tarde habían de tener

categoría de principios políticos en la estructura jurídica de todos los pueblos?

El sentido de la dignidad personal, la exaltación de la soberanía del individuo, la proclamación reiterada de los derechos de la personalidad, con los conceptos de igualdad natural ante la ley, respeto a la vida familiar y armonía de relaciones en el seno de la sociedad heril, son no sólo atisbos geniales de un talento vigilante que avizora en el horizonte la vanguardia de las ideas futuras, sino más bien el reconocimiento literario de conceptos populares que por hallarse inscritos en el sentimiento íntimo de la vida nacional afloran a las páginas de la novela caballeresca con la misma gracia, vigor y realidad con que desfilan llenos de sorprendente donosura los tipos humanos de la época: estudiantes, labriegos, caballeros, venteras y aldeanas.

Ello quiere decir, señores, que el *Quijote* es ante el mundo la primera carta constitucional de la historia literaria, donde los atributos inalienables de la personalidad del hombre han sido recogidos por la pluma de dimensión más ecuménica que la de ninguno de los legisladores de importancia más universal.

Don Quijote representa la abnegación y el sacrificio por el triunfo de los derechos y de las virtudes donde los ve negados. Con la arrogancia de su corazón y el ímpetu de su lanza se aventura por los caminos del mundo para restaurar el imperio de la justicia y de la libertad. Sabe sufrir por las desventuras de los demás. Como ejemplo de mayor desinterés, tiene su centro de gravedad fuera de sí mismo. Es alma que gravita hacia la desdicha del prójimo para remediarla. Sus propias desventuras, los fracasos de sus arriesgadas empresas, la intervención hostil de los malignos encantadores que transfiguran las visiones de su imaginación calenturienta, no abaten los impulsos generosos de su ardor invencible para acometer las futuras empresas que se le vienen a la mano. Su vida se muestra como el reflejo del desinterés más acendrado.

En la época en que la noción del libre albedrío pudo estar pasajeramente oscurecida por las supersticiones, la moda de la astrología y la ingenua creencia en los vaticinios de los agoreros,

Cervantes defiende en su Don Quijote la doctrina inconvencible. Pensad, por otra parte, en las lecciones de sutil ironía que nos dejó en las meditaciones de Sancho sobre la justicia de los malhechores de Roque Guinard. Es la misma tesis platónica de que en las empresas injustas los propios que las realizan deberán respetar entre sí las reglas de la justicia.

A través de todas sus páginas, en las solemnes afirmaciones del Caballero de la Triste Figura o en el inagotable refranero de Sancho se va configurando un pensamiento unitario, en el que destaca, como nota constante, la afirmación de aquellos principios que, como la dignidad humana, la libertad o la justicia, constituyen la armazón moral del humanismo espiritualista de Cervantes.

Una de las más eminentes virtudes políticas del Ingenioso Hidalgo es su estímulo poderoso para la acción. Jamás deja ganarse la mano por el tiempo. Avanza delante de él, combatiéndole con el mismo denuedo con que lo hiciera con los molinos. La empresa del Quijote se nos aparece como esencialmente dinámica. Es una vida acometedora, incansable, de acción. Dijérase que en ella Cervantes quiere alzarse simbólicamente contra lo que luego habría de ser el letargo político de la indiferencia nacional. Frente a la inhibición de los hombres, ante la gran aventura de la historia, Cervantes lanza su Don Quijote cada jornada en busca de un menester distinto, de un quehacer renovado, como si España estuviese en trances ya de que la removiesen en el alma dormida las banderas luminosas del entusiasmo y de la ilusión. Así, cuando Don Quijote ha de salir al mundo, como paladín del honor y de la virtud, «lo primero que hizo fué limpiar unas armas, que tomadas de orín y llenas de moho luengos siglos había que estaban puestas en un rincón». (Tomo I, capítulo I.)

¡Cuántas veces España ha tenido arrinconadas en el olvido las armas de su propia grandeza, con las que habría de conquistar no imperios, ni poderíos materiales, sino un ideal que el tiempo no marchite o una gloria trascendente o inmortal!

España debe tener prestas las armas de su espíritu para el combate incruento de la justicia y de la verdad. Para Don Quijote

las armas son el mejor instrumento de la paz. Y hacia la paz del mundo lanza hoy España el gran símbolo de este personaje de la Mancha, como dando a entender que sólo cuando se libra uno de las ataduras que le aprisionan a la ley del egoísmo material, cobra alas el espíritu para remontarse a alturas siderales, desde donde la serenidad da al corazón humano una mayor comprensión para entender las leyes que rigen la armonía y el entendimiento entre los hombres y los pueblos.

De los más generosos sentimientos, como de un bálsamo espiritual, están unguadas todas las páginas del *Quijote*. Escrito con intención satírica —ha dicho Concha Espina—, trasciende y se remonta de tan pobre nivel hasta convertirse en espejo purísimo de la Humanidad entera, en síntesis grandiosa de lo ideal y de lo real. La compasión y la dulzura brotan a raudales de esta burla sin hiel; una risa llena de lágrimas no da en el rostro, sino en el corazón. Los más vulgares episodios, los tipos más viles y groseros, las realidades más torpes y crudas, adquieren de súbito un interés sobrehumano, y se bañan y se limpian en el ambiente luminoso y estético del *Quijote*.

La tolerancia y la ternura se extreman y afinan al pintar retratos de mujer. Su delicada sensibilidad, sus ideas platónicas, su espíritu cristiano y caballeroso fueron parte a crear una de las más variadas ginecografías del arte español, tan rico en imágenes y caracteres femeninos. En torno al rostro avellanado y enjuto del hidalgo manchego bulle una multitud de mujeres, nobles o rústicas, discretas o simples, de muy diversa condición; pero unidas todas por el lazo común de la simpatía, por un íntimo y cordial sentimiento de indulgencia y ternura. El honesto y señoril apartamiento de la pastora Marcela; el valeroso arranque de Zoraida; la flaqueza de Camila, justo castigo del Curioso Impertinente; los ocios y donaires de la Duquesa; la pasión de Dorotea; el desenfado de Altisidora; la fidelidad de Luscinda; todos estos rasgos y otros muchos, que, entre veras y burlas, trazó Cervantes en su *Quijote*, revelan cómo penetraba Don Miguel en el alma de la mujer y con qué viva misericordia sabía amar sus virtudes y perdo-

nar sus yerros. El heroísmo tradicional, los antiguos ideales caballerescos, erigidos en orden cristiano y militar para restablecer en el mundo el amor y la lealtad laten profundamente en las entrañas del *Quijote*, porque bien sabía Cervantes que después del santo no hay figura más venerable que la del héroe. Y héroe máximo es nuestro inmortal Don Quijote, símbolo de españoles afañes, arquetipo de ideas políticas, héroe de acusado perfil humano, amador de toda justicia, respetuoso ante la autoridad, hidalgo entre los señores, y sobre todo caballero, que hizo de su Dama el eje del respeto a la mujer.

¡Qué sutil enseñanza de hidalga convivencia nos ofrece la figura del Hidalgo Manchego! ¿Qué importa que el mundo califique con menosprecio su alucinada fantasía, si en su lenguaje, su compostura y su alto espíritu de sacrificio da a todos la norma de un ejemplo que sólo puede estar apoyado y robustecido por la razón? Infima índole la de una sociedad que califica de locura el espíritu de sacrificio, el denuedo ante la adversidad, la templanza ante las pasiones o la prudencia ante la ira injusta de los demás. Pasados los siglos, la herencia de aquel mundo social que se burlaba de Don Quijote llega, extramuros de nuestra Patria, a hacer que la ignorancia o la maldad vuelvan a querer descubrir una sinrazón en la equilibrada y serena cordura de España.

El ser espejo de caballeros obligó a Don Quijote a sacrificios sin cuento. El ser en el mundo símbolo de la hidalguía es reconocer lo arduo de una tarea en un ámbito donde la mezquindad humana pone en la luz de la inteligencia las nieblas de un tenaz apasionamiento.

Don Quijote luchó contra los molinos, porque los creía gigantes, y se plantó con su vieja y mohosa lanza frente a la puerta abierta del carro de los leones, porque a su espíritu de caballero le estaba negado el derecho a la provocación. Esperó firme ante la fiera, apoyado en las razones que le dictaba su corazón, que eran sin duda mucho más poderosas que el hierro de su lanza, pero que robustecían con vigor milagroso la endeblez de su heroico brazo.

Mejor que en ningún otro radica en esta noble apostura del Caballero de la Mancha el símbolo de la vida española. Y así. España repite cada día por el ancho horizonte del mundo el eterno ejemplo de su vida esforzada y soñadora. Por desconsolador que sea el espectáculo del sombrío paisaje universal, España, otra vez segura de su destino y del brazo de su Don Quijote, proclama su fe en el triunfo de la paz y de la justicia y confiada aún en la bondad de los hombres, se niega a creer que alguien pueda calificar la defensa de la dignidad y del honor como atributos deleznable de la locura.

Toda la ideología del *Quijote* —el mejor código de la convivencia humana— integra y forma una cantera inmortal, que es, dígame lo que se quiera, el espíritu permanente de España. Este tesoro, que se nos entregó como un legado de honor, fué el que defendimos, arrebatados de patriotismo, con las armas de nuestra Cruzada, y que ahora, en promisorios alertas, mantiene sin declives el Gobierno de Franco. Por nada ni por nadie, que no sea nuestra propia tradición histórica, hemos de abandonar nuestra postura. Una postura que no es, aunque lo parezca, ocasional. Al contrario: tiene fundamentos de siglos, y nos va en ello nuestra propia razón de ser y, lo que es mejor aún, nuestra propia personalidad. Esa personalidad está, palpitante y severa, como un río en pie, en la obra total y fabulosa de Cervantes. El tiempo no ha hecho más que proyectarla hacia lo exterior y tupirla en lo interior. En esa proyección palpita lo más preclaro de nuestro orgullo. Poco importa la justicia del momento, si al remontar de los años, otros hombres, con el mismo pretexto de hoy, ponen en alto la magnitud de nuestro esfuerzo y la limpieza de nuestra gloria.

Por eso es legítimo envanecerse de estos actos fecundos en torno a Cervantes, que tratan, fundadamente, de cuidar los símbolos de un pueblo no incomprendido, sino ignorado. Apenas si interviene para esa ignorancia el postulado de su política. España, por esos valores inesquivables de su espíritu, que se oponen a toda enseñanza anticristiana, sería denostada y combatida. Después de to-

do, es el sino de nuestra misma existencia. Vamos siempre, la cruz y la espada en alto, no como una expiación, sino, lo que vale más, como una manera de ser, como una fórmula de expresión, padeciendo persecuciones y falsías, pero dejando atrás, a la postre, los surcos bien amados de la paz.

Porque la paz, como dijo el gran Benedicto XV, está en los hombres, y, por lo mismo, no habrá paz en tanto los hombres no aquilaten sus valores humanos. Y esos valores, huelga señalarlo, son la flor de la convivencia, de la justicia, del amor, que está, perfumando el logro, de dentro afuera y de arriba abajo, en la obra impar de Cervantes. La paz es también, en el mismo sentido cristiano, lo que Dios quiere, pero Dios quiere a través del hombre, como su hechura más perfecta. Y no alumbra la paz en el hombre si éste no es un dechado de renunciación, de trabajo y de caridad. La paz es todo eso: sacrificio, labor y desprendimiento. Con sólo la conquista material no hay paz en el orbe. La paz está en el espíritu. Para que intervenga en lo fugaz y deleznable de la vida, ha de proceder de lo más hondo y risueño del corazón de las criaturas. De ahí que mientras el hombre no se reforme, no se regenerere, es inútil intentar, con máquinas ni con economías, instaurar la paz.

La paz, señores, proviene, asimismo, de las grandes obras de la inteligencia del hombre. Puede más el *Quijote* por la paz del mundo que todas las fuerzas acorazadas de la industria bélica. Con una diferencia incalculable: que mientras los imperios se derrumban, sólo las obras del espíritu se mantienen inalterables y bellas.